

SEMANA SANTA MOMPOXINA, AFIRMACION DE UNA IDENTIDAD

MARIA TERESA ARCILA*

RESUMEN

Las actividades y las ceremonias de la Semana Santa de la ciudad de Mompóx, como expresión de religiosidad popular corresponden a las condiciones específicas de una región del país: la depresión mompoxina. Encierran el sincretismo de formas doctrinarias y litúrgicas de la religión católica con elementos mágicos y paganos. Su estudio se presenta como una propuesta de carácter metodo-lógico para el estudio de una región cultural y de su identidad.

Introducción

Las siguientes notas no fueron escritas para ser presentadas como ponencia a un seminario antropológico. Se trata originalmente de un artículo con posibilidades de ser publicado en una revista cultural, dado su carácter descriptivo.

La intención al presentarlo ahora a este seminario es dar a conocer a otro público, algunos de los acontecimientos que suceden anualmente en Mompóx como parte de la celebración religiosa de la Semana Santa, pues, posiblemente por el mismo aislamiento en que transcurre allí la vida, tal celebración ha permanecido en el desconocimiento para la mayoría de los colombianos.

Este artículo no tiene, pues, pretensiones analíticas debido al escaso material empírico que se posee aún. Las notas consignadas fueron recolectadas durante las festividades del presente año (1986) en una labor de terreno de 8 días. Los comentarios que se hacen son fruto del intercambio de experiencias y observaciones con dos compañeros (Antropólogo y Trabajadora Social) que presenciaron también los actos. Sobra decir que el trabajo apenas comienza a vislumbrarse: la investigación de tipo histórico, obligatoria y necesaria, no se ha realizado todavía, y no se ha recibido apoyo institucional.

* Antropóloga de la Universidad de Antioquia.

Por último, el presente, más que un trabajo avanzado en el campo de la antropología religiosa, es una propuesta de carácter metodológico para el estudio de una región cultural y de su identidad.

Aspectos Generales

Colombia es un país de regiones diversas y variadas donde se expresan distintos modos de vivir y entender la vida, es decir, donde se desarrollan culturas diferentes.

Estudiar las danzas, la alimentación, las prácticas sexuales o cualquiera otra manifestación donde se recreen formas y apariencias externas e inmediatas de una cultura puede ser un camino para ingresar al conocimiento de ella. En el caso que nos ocupa, una manifestación religiosa como la Semana Santa mompoxina puede ser una vía expedita para el conocimiento de los fenómenos de la identidad cultural de una región, si se tiene en cuenta que a través de ella se manifiestan todos los aspectos de la vida social (histórico, económico, político, cultural).

Una de las primeras realidades que se encuentran al incursionar en el conocimiento de la identidad cultural regional es el gran valor de la Historia para explicar los fenómenos de reconocimiento e identificación de las sociedades. Los valores materiales, sociales y espirituales que conforman una cultura y le otorgan identidad a una región tienen un origen histórico y se hallan en íntima conexión con las formas económicas y sociales que los pueblos producen en cada momento de su historia.

La construcción y recuperación de su identidad implica en una sociedad un proceso colectivo de carácter ideológico que está sujeto a las posibilidades de asimilación, difusión e interpretación de los sucesos históricos que posean en cada momento las diferentes clases de la sociedad.

La identidad cultural, además de ser síntesis —posiblemente inconsciente— de vivencias colectivas frente a los retos del medio natural y geográfico y a las condiciones materiales y económicas, es también expresión de las relaciones sociales y de las diversas manifestaciones del pensamiento. Es decir, en la identidad cultural intervienen elementos materiales y espirituales, factores conscientes e inconscientes, sociales e individuales, colectivos y de clase, todo lo cual hace de éste un asunto de gran complejidad. Por el momento interesa dejar en claro que este fenómeno se considera determinado material e históricamente, que se constituye en un proceso de larga duración temporal pero que a la vez está sujeto a transformaciones.

La resolución particular, favorable y acertada a los requerimientos materiales y espirituales que se le plantean a una sociedad va cimentando en ella su reconocimiento e identificación, va posibilitando la valoración de su cultura y de los miembros de ella y va afianzando la posibilidad de dar respuestas propias a sus propios problemas y encaminar de manera autónoma los avatares de su transformación. Entendida de este modo, la recuperación que un pueblo puede hacer de lo propio, de su identidad, debe ser considerada como una posibilidad subversiva cuando dicho pueblo ha padecido la sistemática subvaloración, sometimiento y destrucción de su cultura.



Iglesia del cementerio. Culto a los muertos durante la noche del miércoles santo.

Desde un comienzo hubo en la depresión mompoxina una activa resistencia indígena a la conquista española (1). El siglo XVI presenció guerras y enfrentamientos con los indígenas malibúes que habitaban la región, los cuales terminaron siendo sometidos violentamente al sistema de la encomienda y a las doctrinas religiosas y sus templos y dioses fueron vejados y destruidos.

Durante el siglo XVII se abrió un nuevo capítulo de sometimiento indígena en la zona; esta vez contra los aguerridos chimilas. El objetivo era tomar posesión de sus tierras y ampliar así el espacio colonizado. Durante estos siglos, Mompóx constituyó centro principal de asentamiento español y primer puesto de avanzada de la colonización del interior de la Nueva Granada.

Una vez iniciado el comercio de esclavos, Mompox se convirtió en el segundo centro esclavista de la Nueva Granada después de Cartagena. Los esclavos huidos formaron palenques, los cuales subsistieron en oposición y lucha constantes hasta fines del siglo XVII. Se desarrollaron en ellos, como es bien sabido, formas sociales, organizativas y culturales propias. En los palenques había, por ejemplo, brujos y curanderos llamados zauríes, cuya fama se extendía por regiones cercanas y en algunos casos atraían enfermos de otras regiones.

La oposición cimarrona fue descendiendo durante el siglo XVIII, época durante la cual, los indígenas chimilas fueron exterminados y reducidos definitivamente.

El cuadro que presenta Fals Borda para la época colonial en la depresión mompoxina es el de una activa resistencia de los sectores dominados de la sociedad: indígenas, negros

esclavos y campesinos y colonos independientes. Es para el final de la colonia cuando puede comenzar a hablarse de una etnia mestiza en la región y de una mezcla o sincretismo cultural.

Para nadie es desconocido el papel que en este proceso desempeñaron los misioneros (2). Las comunidades religiosas comenzaron a establecerse un año después de fundada la población. Los primeros en llegar fueron los dominicos, seguidos por franciscanos y agustinos durante el siglo XVI. En la primera mitad del siglo XVII se radicaron jesuitas y hospitalarios.

Lo primero que hacían los religiosos al llegar era construir su templo y convento, mientras extendían su acción por medio de doctrinas, fundaciones de pueblos y más tarde, colegios y hospitales.

De las primeras actividades que desplegaron los dominicos fue la celebración de la Semana Santa. Es de suponer que la vinculación de la población a esta celebración debió haber constituido uno de los objetivos de la evangelización, sin embargo, las referencias que se encuentran describen sobretodo el apego de la población blanca de ascendencia u origen español, que se expresaba en valiosos regalos en joyas e imágenes religiosas, además de cuantiosas limosnas para las celebraciones del culto. La Semana Santa se realizaba con gran pompa y esmero.

¿Cómo pudo darse el proceso de una Semana Santa donde se expresaba el poderío de la sociedad dominante, como debió haber sido en las primeras épocas de conquista, a una Semana Santa con intensa y sentida participación popular como se la encuentra ya en el siglo XVIII? Esta es una pregunta fundamental que está todavía por resolverse y que sólo a través del estudio de fuentes históricas podrá comenzar a conocerse.

Semana Santa Mompoquina, afirmación de una identidad

*"Oh Mompóx, suelo querido
que debido a tu hidalguía
nunca llegas al olvido
oh, Mompóx del alma mía".*

Miguel Gutiérrez

Mompóx ató su destino a la vida del río Magdalena desde hace varios siglos. Las calles de la histórica ciudad serpentean siguiendo su disminuido cauce, unidas a él como la muerte a la vida. Por el río llegaron los primeros conquistadores que crearon la Villa en 1537, como puesto militar colonial. Por el río se transportaban mercaderías españolas y contrabandos europeos. Por el río bajaban los productos del interior. Por el río, Mompóx llegó a ser el primer puesto comercial de la Colonia en la Nueva Granada. Al río fueron a parar lágrimas y sudores de miles de bogas indígenas y negros esclavos. Por el río vinieron Bolívar y la Independencia. Pero hoy el viejo río está muerto y la leal ciudad agoniza en la pobreza y el aislamiento aferrada a sus tradiciones y a los recuerdos de sus momentos de gloria y de grandeza. Una de esas tradiciones es la celebración anual de la

Semana Santa, cuyo sentido e interpretación no se agotan fácilmente, dada la vitalidad con que se renueva cada año.

Presenciar la Semana Santa Mompoxina es destapar un baúl de tesoros culturales donde se conjugan expresiones religiosas, supervivencias históricas y manifestaciones folclóricas en un apretado sincretismo. Antes que nada es una fiesta del pueblo. El significado religioso de dolor, arrepentimiento y expiación de los pecados que tiene para el mundo cristiano se conserva sin diluirse, ni desaparecer. Se fusiona, más bien con creencias religiosas de diverso origen cultural; español, negro e indígena, que se amalgaman de manera particular en una nueva identidad regional, y sirven de vehículo de expresión a una cultura de profundas raíces históricas. Todo ésto hace de dicha fiesta religiosa un fenómeno cultural de enorme importancia y complejidad; un valioso filón de investigación que ha permanecido ignorado por la Antropología colombiana.

Del Carnaval a la Cuaresma

El Miércoles de Ceniza los cristianos de todo el mundo dan comienzo a la Cuaresma, que consiste en 40 días de ayuno y penitencia. En Mompóx, como en muchos otros lugares de la Costa Atlántica, situados en las riberas del río Magdalena y caracterizados por una fuerte presencia negra, la Cuaresma sucede al Carnaval. Esta fiesta pagana tuvo origen en Roma, varios siglos antes de la era cristiana. Los carnavales se conocen en Mompóx desde el siglo XVII cuando funcionarios de la Corona española informaban al virrey los extremos a que llegaban sus súbditos durante estas fiestas. En esos jolgorios de



Paso en la procesión del Jueves Santo.

esclavos se permitía la pública expresión de música, juegos, disfraces, danzas y ritos de raíces africanas, los cuales eran duramente perseguidos durante los demás días del año. El goce, el desenfreno y toda clase de excesos eran actos de catársis colectivas permitidos por los dueños, en su intento por apaciguar los ánimos rebellió (3). Después de ésto, la Cuaresma abría paso a un período de arrepentimiento.

La Semana Santa comenzó a celebrarse en 1564 predicada por San Luis Beltrán —quien vivió en la depresión mompoxina— algunos años después de fundada la Villa de Santa Cruz de Mompóx (4). La festividad religiosa trasplantada de España fue adquiriendo otros elementos al llegar al Nuevo Mundo, como producto de las condiciones sociales.

En la actualidad se sintentizan en ella sentimientos religiosos, ritos paganos, creencias acerca del demonio y la muerte, expresiones mágicas de raíces indígenas y negras y variadas tradiciones de sabor español y colonial. Es una compleja mezcla de celebración religiosa, espectáculo público y carnaval donde no están delimitados con claridad el bienestar y el dolor, el disfrute y la expiación. Es una festividad, a la vez pagana y cristiana, sagrada y profana.

Los Preparativos

Para los mompoxinos, la Cuaresma se traduce en la actualidad en un Viacrucis compuesto por siete procesiones que se realizan durante las seis semanas siguientes al Miércoles de Ceniza, hasta culminar en la Semana Santa. Este conjunto de procesiones recibe el nombre de Las Siete Caídas y forma parte de los preparativos para la Semana de Pasión. Cada una de las procesiones recibe una denominación: La Tentación, la Samaritana, Lázaro, Dolores, etc. Durante la semana inmediatamente anterior a la Semana Santa, la semana de Dolores, tienen lugar dos procesiones con nombre propio: El Paso Robado y el Encuentro.

La primera de ellas, más que un pasaje bíblico, rememora un suceso histórico que —al parecer— ha sufrido deformaciones a través del tiempo. Durante la Colonia, las comunidades religiosas de Jesuitas, Dominicos, Agustinos y Franciscanos poseían conventos en la Villa y disputaban sobre la población un fuerte dominio religioso (5). Dicha situación no dejó de generar entre ellos rivalidades y conflictos. La leyenda afirma que los Franciscanos poseían una hermosa imagen de Jesús que les fue robado por los Agustinos. Esto motivó una desavenencia entre ambas comunidades. Para resolver la situación intervinieron como mediadores los Dominicos logrando que la imagen fuera restituida a sus dueños. Ese suceso se repite en la procesión del Paso Robado donde la imagen de Jesús Caído es conducida de la iglesia de San Agustín a la de San Francisco haciendo un alto en la de Santo Domingo donde se celebra una misa solemne.

En Mompóx, las celebraciones religiosas con nutrida participación del pueblo no se limitan a la semana Mayor y las Siete Caídas son actos que concitan el interés y convocan a la gente.

A medida que se acerca la Semana Santa aumenta la actividad en las calles, indicativa de que la población se prepara para nuevos y especiales acontecimientos: se recubren

con cal las fachadas que quedaron salpicadas de pintura durante los juegos del Carnaval y comienzan a disponerse los atuendos y vestidos que cada uno de los miembros de la familia llevará durante los días santos.

Serenata a los Muertos

En una de las bancas del espacioso antejardín del cementerio, a la sombra generosa de los almedros, se sienta Miguel Gutiérrez, el poeta negro de Mompóx. Todos los días viene a rimar para sus parientes y amigos muertos. Viene a recordar versos de Candelario Obeso, ese otro poeta negro mompoxino que nació hace dos siglos y quien tiene aquí su monumento.

El poeta Gutiérrez tiene casi 80 años y "un tren de poes-a metido en la cabeza". Es alegre y vital como un adolescente.

El poeta toca el tambor desde que tenía 16 años y hace mucho tiempo es el tamboreo de la Banda durante la Semana Santa a pedido de la Junta Organizadora. El Miércoles Santo participa en la serenata que se ofrece a los muertos en el cementerio, pues durante estas fechas religiosas Mompóx le rinde honor a sus difuntos. Al atardecer comienza la romería de toda clase de personas con ramos de flores y espermas para alumbrar las tumbas de sus parientes. Rezan sus oraciones con las cuales pretenden ayudar a sus almas a salir de penas en el purgatorio y llegar más rápido al cielo. Bajo la noche cerrada comienzan a oírse las lentas explosiones del bombardino y la banda interpreta las notas fúnebres de una marcha.

Las marchas religiosas que se escuchan en Mompóx durante la Semana Santa son composiciones italianas, francesas, españolas y mompoxinas cuyas partituras se guardan celosamente, podría decirse que escondidas en cajas fuertes, para que no se las conozca ni escuche en ningún otro lugar del país, ni siquiera en Popayán. Los músicos de las bandas, cuyo oficio pasa por tradición de padres a hijos, son los depositarios de este valioso patrimonio musical heredado de la Colonia.

Dos siglos atrás, las poderosas familias de propietarios de tierras con títulos de nobleza y los comerciantes más ricos hacían intercambio clandestino de bienes suntuarios con varios países de Europa, sobretodo con Francia. Entre los pianos, arpas e instrumentos musicales que entraban al país venían partituras que eran interpretadas durante la Semana Santa.

Los compositores nativos de música religiosa estuvieron silenciados mientras subsistió la actividad comercial, hasta mediados del siglo anterior cuando se vio drásticamente reducido al tráfico de productos por el cambio de cauce del río. Sólo a partir de 1860 comenzaron a escucharse estas piezas musicales que en la actualidad interpretan durante Miércoles y Jueves Santos y Domingo de Gloria. Las otras partituras se interpretan únicamente durante la solemne procesión del Viernes Santo.

Una Celebración Popular

Como manifestación religiosa la Semana Santa mompoxina es, sin lugar a dudas, una forma de religiosidad popular que no corresponde con los actos de la liturgia cristiana de

la Iglesia Católica. Confesiones, misas o comunión y ceremonias como la conmemoración de la Última Cena, el Lavatorio de los Pies, el Sermón de las Siete Palabras o el Descendimiento no se realizan, y las que se llevan a cabo no congregan a la población.

Acorde con esto, la participación del clero a través de los párrocos de las iglesias de la ciudad es accesorio, mejor se diría que es innecesaria, pues la organización de todos los actos corre a cargo de la Junta Organizadora de la Semana Santa con la colaboración de todo el pueblo.

La Junta está compuesta por doce mompoxinos con sus respectivos suplentes, todos de extracción popular, que se distribuyen los diversos oficios y responsabilidades. No reciben pago por su trabajo, pero el ocupar este cargo durante varios años les va procurando una posición de prestigio social que reciben como contraprestación y que no están dispuestos a ceder con facilidad. Antes se esmeran por desempeñar mejor sus funciones cada año. Más que devotos creyentes, los miembros de la Junta son mompoxinos defensores de las tradiciones, gentes que se saben poseedoras de un valioso patrimonio cultural que les legaron sus antepasados y que ellos desean conservar.

La Semana Santa mompoxina es una celebración popular y así ha sido desde hace varios siglos:

“En el clima emocional y cultural de la Villa de Mompóx (...) se logró también (en la Semana Santa) una participación democrática singular que la distingue de acontecimientos en otras ciudades católicas, como Popayán. En efecto, la organización de nazarenos encapuchados portadores de pasos incluía (como aún hoy) gentes de todas las clases sociales y teneciales de la Villa y caseríos cercanos, desde los hijos de los señores principales hasta los de los pescadores, campesinos y artesanos del barrio abajo; y eran ellos los que realmente gobernaban las procesiones (especialmente la del Jueves Santo), no las autoridades, ni los militares, ni los propios curas una vez salidos los pasos de la iglesia” (6).

Si bien, durante estos días el protagonista omnipresente de las fiestas es el Nazareno milagroso, el *Pá' Jesús*—nombre cariñoso que recibe la imagen— con el cual se celebra el rito cada año, el verdadero protagonista, el de carne y hueso es el pueblo de Mompóx a través de sus nazarenos.

Los nazarenos se reconocen por la vestimenta que consiste en cuatro piezas compuesta por una túnica azul oscura, larga y pegada al cuerpo hecha de coleta, popelina o cualquier otra tela de hilo; un cordón blanco que después de darle varias vueltas a la cintura cuelga en cinco borlas; un pañuelo también blanco que les cubre la espalda, rodea los hombros y se cruza y fija sobre el pecho; por último, un capirote hecho de la misma tela de la túnica que llevan recogido sobre la cabeza y solo en ocasiones especiales bajan para cubrirse el rostro.

Las actividades de los nazarenos en las procesiones consisten en cargar sobre sus hombros los Pasos, es decir, las andas donde se representan escenas bíblicas de la Pasión y Muerte de Jesús en figuras de madera y yeso. El intenso calor de esta época del año—agregado al peso que deben soportar durante varias horas y que va moliendo sus músculos se va agravando por el anacrónico y extraño atavío que les da su carácter y con

el cual deben uniformarse. El dolor y el sufrimiento de ese esfuerzo es el pago con el cual deben corresponder a la gracia recibida o que esperan recibir. Tal es el significado de la "manda" que se hace al Jesús Nazareno de Mompox. Los nazarenos no se sacrifican por expiar sus pecados o su maldad, sino, en contraprestación a un favor que creen haber recibido de la divinidad o como medio para atraer de ella sus favores y bendiciones. Las gracias que se piden están relacionadas con la salud del cuerpo. Estas mandas las ofrecen por lo general los padres pidiendo el favor para sus hijos y sobre estos últimos recae su cumplimiento. Ese fue el caso de un hombre cuya madre sólo había podido concebir hembras y deseaba intensamente tener un varón. Hizo la "manda" prometiendo que si nacía un hijo, éste llevaría un paso durante toda su vida. Este nazareno, conocido por todos en la ciudad, continúa cumpliendo hoy en día su compromiso a pesar de encontrarse ya muy anciano.

Se presentan también situaciones en las cuales, cumple la manda quien la ofreció. Ese es el caso de Juan Carlos, un bachiller de 19 años, quien sufrió la cogida de un toro en una corraleja en la vecina población de Menchiquejo, y al verse en peligro, ofreció, si se curaba, cargar un paso de la procesión "cada vez que pudiera" a lo largo de su vida. O el caso de Edilberto, un campesino de 21 años que vive al otro lado del Magdalena, quien ofreció su manda por una enfermedad grave que padeció y de la cual se curó.

A esto se reduce el carácter expiatorio de la participación de los nazarenos en Semana Santa. Si se observa con más cuidado se encontrará que se conjugan el sufrimiento, la actuación y la dramatización produciendo en los intérpretes exaltación y satisfacción al saberse el centro de atención de una multitud que se aglomera para verlos pasar. Ahora es su turno: como antiguamente ocurría durante el carnaval, por dos días los anónimos y humildes campesinos y pobladores urbanos son los dueños y amos de las calles de la otrora hidalga Villa de Mompox.

Procesiones: Dramatización colectiva

Doce de la noche. El apretado y sudoroso cordón de nazarenos avanza con lentitud meciéndose al cadencioso compás del tum-tún del tambor. Los pasos de la procesión del Jueves Santo se bambolean como galeotes en alta mar. El tiempo ha retrocedido siglos esta noche y por algunas horas la ciudad se transporta de nuevo a la Colonia.

En estas festividades religiosas, las procesiones constituyen la manifestación central y podría decirse que única. Son actos callejeros masivos durante los cuales el pueblo se adueña de los espacios públicos. Para sancionar ese hecho, la Junta prohíbe la circulación de toda clase de vehículos por las principales vías el Jueves y el Viernes. Durante estos días los principales sucesos colectivos transcurren en las calles. De todas ellas, la Calle del Medio es el escenario más importante. Esta sustituyó en importancia comercial a la antigua Calle de la Albarrada que corre mirando el río y donde se encuentra situado el puerto. En aquella viven en la actualidad las familias más acomodadas, en casonas construidas hace dos siglos y más.

Pocos acontecimientos se desarrollan dentro de las iglesias o en recintos cerrados como no sea la preparación de los diferentes pasos que componen las procesiones. Las calles se convierten en el gran tablado donde miles de extras participan en una obra de teatro con música, vestuario y espectadores: el drama de la Pasión y Muerte de Jesu-

cristo. Las calles son el escenario donde cada cual representa con profunda emoción un papel que considera importante dentro del conjunto. Tanto para los nazarenos como para los simples feligreses y espectadores las procesiones tienen un significado dramático y ritual que concita hondos sentimientos y están rodeados, a la vez, de un ambiente de fiesta popular.

El tono festivo de la ocasión está remarcado por el regreso de parientes, amigos y vecinos radicados en otros lugares del país especialmente para estas fechas. La ciudad es invadida por turistas, vendedores ambulantes, artesanos y fotógrafos callejeros. Pareciera que, a semejanza del carnaval, las actividades callejeras de Semana Santa no pudieran sustraerse al ambiente de fiesta y exteriorización de los actos masivos y las calles no pudieran dejar de ser de encuentro y expansión. Las procesiones tienen toda la apariencia de espectáculo público. A pesar del carácter religioso de la celebración que convoca a todos los momposinos es notoria la ausencia de fervor y recogimiento. La procesión del Jueves sale a las seis de la tarde de la iglesia de San Francisco, epicentro de todas las actividades, y termina a las tres de la mañana en la iglesia de Santa Bárbara, después de un recorrido de cerca de 10 cuadras. Igual cosa ocurre con la procesión del Viernes, la cual sale de la Concepción a las seis y media o siete de la noche y llega al amanecer del Sábado a San Francisco.

Parientes y amigos se reúnen con varias horas de anticipación y sentados en las aceras o en mecedoras charlan y toman ron mientras esperan el paso de la procesión frente a sus casas. Entre tanto, el cortejo de Nazarenos avanza lentamente y con dificultad doblado por el peso de su preciosa carga. El paso corto y marchado, el apretado calor que los hace sudar y la incómoda vestimenta los agotan y la procesión debe detenerse en cada cuadra. La formación de nazarenos se rompe con el objeto de descansar y relevarse. El alto sirve también para reponer las fuerzas y refrescarse tomando un helado o una gaseosa, dormir sobre la banca de un parque cercano, conversar con la novia, hacerse una foto para guardar de recuerdo o discutir en grupos de amigos hasta el momento en que alguno de los organizadores dé la orden de continuar avanzando.

La ciudad se levanta tarde el Viernes Santo. Este es uno de los pocos días del año en que no se trabaja, no hay mercado y sólo algunos locales abren sus puertas. De manera oficial la venta de licor ha quedado suspendida desde el día anterior y se supone que no hay consumo, pero no es así. En las esquinas y en los pórticos de las casas se forman grupos de parientes, amigos o vecinos que sentados en sus mecedoras reciben la brisa de la tarde mientras conversan, juegan cartas, dominó y beben cerveza o ron. Algunas personas que quieren aprovechar la ocasión y hacerse a algunos pesos de más, improvisan ventas de licor en sus casas.

El día transcurre en calma casi silenciosamente. La caída de la tarde marca el comienzo de la agitación. Todos se preparan para la ceremoniosa y fúnebre procesión del Sepulcro en el día más triste del calendario cristiano.

Si se desea formar parte del cortejo deberán respetarse ciertas normas:

Tanto hombres como mujeres tendrán que vestir luto riguroso. Además, ellos deberán llevar corbata negra y ellas usar mantilla. Personas destacadas y miembros de las clases altas son invitados con anticipación y por escrito para portar el pendón y el palio. Durante

el desfile estos personajes avanzan por la mitad de la calle escoltados por dos filas de nazarenos y seguidos de fieles que llevan cirios encendidos. Cerca de las doce de la noche un olor a incienso invade la ciudad. Un corto recorrido por la calle del medio, donde bandas de murciélagos como golondrinas nocturnas sobrevuelan los tejados, permite reconocer el origen de estos aromas. Se trata de la práctica de quemar sahumeros, sobretudo en los locales comerciales, para ahuyentar los malos espíritus e impedir que personas envidiosas hagan maldades a sus dueños.

Conservación de las tradiciones

José Cervantes, el anciano y cascarrabias mayordomo de la fábrica de Santa Bárbara, quien ha sobrepasado los 80 años y ha dedicado 50 de su vida a atender la iglesia, le cuenta a todo aquel que desee oírlo, la leyenda que rodea al extraño símbolo de la Cruz de Caravaca.

"Se dice que hace muchísimos años en España, en cercanías de una hacienda de Caravaca, se encontraba extraviado un sacerdote. El moro propietario de la hacienda se encontró con él en el campo, lo llevó para su casa y lo colmó de atenciones y comodidades. En señal de agradecimiento quiso el sacerdote ofrecerle una misa, con el inconveniente de que le hacía falta una cruz. El sacerdote clamó al cielo diciendo: "Que caigan 25!!!" e inmediatamente apareció ésta. La Cruz de Caravaca contiene en sí misma más de 20 cruces en abstracto diseño y es el primer paso que desfila en la procesión del Jueves, soportado sobre sus hombros por los nazarenos más jóvenes, niños de 10, 12 y 15 años. "Esta cruz es milagrosa", agrega Cervantes y recita un poema que comienza diciendo:

*"Cruz bendita y soberana
que obras tantas maravillas..."*

Múltiples narraciones se encuchan a diario en Mompóx donde detrás de cada imagen religiosa hay una leyenda. Muchas historias narran las virtudes milagrosas del Nazareno, el Pa' Jesús. Esta imagen, ante la cual todos los mompoxinos efectúan sus mandas, fue traída de Francia en 1881 y regalada a la ciudad por la familia del rico comerciante patriota don Pantaleón de Germán Ribón. Durante el año, la figura reposa en la iglesia de la Concepción en una urna de cristal donde debió ser confinada para protegerla porque todos los devotos querían raspar un poquito del oro con que fue originalmente recubierta. El Pa' Jesús es además la figura principal del denominado Paso Grande, el de Jesús Camino del calvario en la procesión del Jueves Santo, paso que todos los nazarenos se disputan por más que tengan el hombro dolorido y se encuentren agotados por el cansancio.

Sobre el Cristo Milagroso se cuenta que: "Hace mucho tiempo se presentó un invierno muy fuerte que elevó el nivel del río y las aguas amenazaban inundar la ciudad. De forma espontánea la gente salió en procesión hacia el puerto llevando el Cristo a la cabeza del cortejo y al llegar a las orillas alguien lavó los pies de la imagen en las aguas del río. A las tres horas esta ya había bajado de nivel varios centímetros".

Se cuentan historias sobre apariciones sobrenaturales, a manera de escarmiento, que padecen los nazarenos que abandonan a destiempo las procesiones o que incumplen sus mandas.

También en esta época se escuchan historias de brujas y bebedizos, de tesoros escondidos y espantos y sobre todo de pactos con el demonio. Pareciera que (esto no ha sido posible confirmarlo aún) los mompoxinos hacen una separación tajante de las divinidades. Los hombres de bien hacen sus mandas al Nazareno para obtener la salud corporal y toda clase de favores espirituales, pero los mal vividos, quienes buscan dinero, riquezas, tierra y bienes materiales hacen pactos con el demonio.

Dichos pactos consisten en entregarle periódicamente almas de personas cercanas (parientes, amigos, trabajadores, subalternos, etc.) en pago por los éxitos económicos obtenidos. Al final de la vida le entregan la propia alma que él mismo viene a reclamar (7).

De esta vigorosa tradición oral que posee la gente de la región se nutre la masiva participación popular en los actos de la Semana Santa. Ella cumple una función insustituible como medio de control social e ideológico en la conservación y reproducción de las tradiciones religiosas y en la formación de las nuevas generaciones.

También la familia cumple un papel como transmisora cultural, lo que posibilita la repetición de las celebraciones año tras año, ya que algunas costumbres y oficios —por medio de los cuales la Semana Santa se incorpora a la vida de cientos de mompoxinos— se aprenden y transpasan de padres a hijos.

Ciertos oficios ligados a las festividades son desempeñados por las personas a lo largo de toda su vida, lo cual representa un honor para ellos. Estos van vinculados a sus hijos o parientes más cercanos quienes después de la muerte de su mayor, continúan desempeñándolo y lo legan, a su vez, a sus descendientes.

Don Francisco Alvarado es el "propietario" del paso Jesús ante Herodes, el cual fue tallado hace 50 años por su padre don Pedro Eugenio, quien era barbero de profesión pero tallaba madera en sus ratos libres. Con la ayuda económica de un amigo suyo obtuvo el dinero para comprar las piezas de madera y fabricar las figuras. Estas fueron hechas en cedro y naranjuelo cortados en las cercanías del río Magdalena. La propiedad de un paso trae consigo la obligación de componerlo y adornarlo cada año. Como don Francisco está enfermo y avanzado de edad, en su obligación lo ayuda su único hijo que vive en Bogotá y viene cada Semana Santa. Las mujeres de la familia le dan el toque final colocando vasijas con la tradicional palma de vino que exhala un olor característico reconocido por los mompoxinos como "olor a Semana Santa".

Otro ejemplo de oficios que se heredan, además del de músico de la banda, es el de trompetero.

Hipólito Navarro comienza su trabajo el Jueves Santo a las doce del día. Vestido de nazareno y en compañía de su hijo y otros jóvenes toca con su trompeta un lamento en todas las esquinas: ta ta ri raá riii! Llama al duelo, al recogimiento, al cierre de locales comerciales y a que se suspenda el consumo de licor. A partir de ese momento las calles de la ciudad se inundan de nazarenos que van y vienen de cada una de las siete iglesias que hay en Mompóx, en cumplimiento de las "estaciones". Rezan cinco padrenuestros, dan una limosna y salen caminando para atrás con capirote abajo. Otra de las funciones del trompetero es despedir los pasos que salen de la Iglesia de San Francisco para iniciar la procesión del Jueves, con un pregón que simboliza la entrega de Jesús a la multitud.

Hipólito Navarro, quien se desempeña como Trompetero Mayor desde hace 28 años, considera que ha sido "obediente a Dios" y que no ha tenido tacha en el cumplimiento de su oficio y espera, más que nada, que su hijo cumpla como él lo ha hecho.

Vitalidad que se renueva cada año

El Martes Santo hubo parranda en la casa de Esteban Canedo, el popular Pisingo. En la fiesta estaban los parientes que viven en Medellín y Barranquilla. También estuvieron los "mellos" Canedo, los tíos nazarenos y toda la familia bebió ron y comió casabe y bollos con suero. Casi toda la noche los veteranos nazarenos se dedicaron a ensayar la marcha del palio con palos de escoba, acompañados por las notas de las marchas religiosas del Jueves y Viernes Santos que salían de una enorme grabadora. Mientras tanto los niños jugaban "a la procesión" y a "que yo era un nazareno y llevaba un paso", tapándose la cara con trapos viejos y rotos a manera de capirotos y remedando el paso de los cargueros.

La escena anterior repetida infinidad de veces en los hogares durante la semana de festividades en Mompóx es razón elocuente para afirmar que esta celebración no es una descolorida e insabrosa repetición de tradiciones que se han ido anquilosando a lo largo de los años. Al contrario, su vigor permite entrever cuán hondamente ella hunde sus raíces en la identidad de los habitantes de esta fundamental región del país.

Estas fiestas que por su ritualidad religiosa parecieran acomodarse mejor en cualquiera de las ciudades del interior del país, han sido realizadas a lo largo de la historia mompoxina con la amplitud, la informalidad y el desenfadado de la cultura costeña. Sin embargo, la experiencia histórica propia marcada por la intensidad del asentamiento del sistema colonial, superada solo en Cartagena de Indias (sin dejar de lado los aportes históricos del siglo XIX) permiten comenzar a esbozar las diferencias culturales de esta subregión con respecto al resto de la región costeña y reconocer en el mompoxino a un personaje que no corresponde exactamente al hombre típico costeño.

La antropología colombiana ha desperdiciado un tiempo valioso para la comprensión de los fenómenos de la cultura y la identidad regional con su indiferencia por el estudio de sucesos de la naturaleza de los esbozados aquí. Es urgente la realización de la puntillosa observación y análisis especializados de estas fiestas religiosas de la Semana Santa mompoxina para comenzar a recuperar el tiempo perdido.

NOTAS

1. Las referencias para la época de la conquista y colonización se tomaron de: Fals Borda, Orlando. *Mompox y Loba. Historia doble de la Costa*. Bogotá, 1979.
2. Las referencias a la evangelización y a la acción misionera se tomaron de: Salzedo del Villar, Pedro. *Apuntaciones historiales de Mompox. 1537-1809, 1810 en adelante*. Cartagena, 1938.
3. S. de Friedemann, Nina. "Joselito Carnaval. Folclore y Elitelore. *El Colombiano Dominicale*. Medellín, Febrero 15 de 1985.
4. Salzedo del Villar, op. cit., pág. 38 y Orlando Fals Borda op. cit., pág. 35 B.
5. Según Fals Borda durante el siglo 18 había en Mompóx 10 cofradías y una archicofradía dedicadas al sostenimiento del culto católico. Op. cit. pág. 157 B.
6. Fals Borda. Op. cit. págs. 157B - 158B.
7. En el barrio arriba (Zuzúa) hay una casa de construcción moderna que hace varios años se encuentra abandonada. Según se cuenta, perteneció a don Enrique Amaris, un hombre que le entregó su alma al diablo. Este se enriqueció y llegó a tener más de 20 casas en el pueblo, además de fincas y ganado. En su casa se recibían visitas muy extrañas: a la media noche llegaba a su puerta y montado en un caballo blanco un señor muy bien vestido, que no era otro que su socio sobrenatural. Se dice que las visitas se repitieron mientras don Enrique vivió "arrejuntado" con su mujer y se suspendieron cuando decidió casarse con ella por la Iglesia.

De este modo se explica el origen de muchas fortunas de hacendados de la región y de paso se genera en la masa de desposeídos un efectivo antídoto contra la envidia y la frustración.

BIBLIOGRAFIA

1. FALS BORDA, Orlando. *Mompox y loba*. Historia doble de la costa. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979. T. 1 167 p.
2. SALCEDO DEL VILLAR, Pedro. *Apuntaciones historiales de Mompox*. (1537-1809, 1810 en adelante). Cartagena, Tipografía demográfica. 1938. 263 p.
3. FRIEDEMANN, Nina de. *Joselito Carnaval*. Folclore y elitelore, p. 8-9, en: *El Colombiano*. Lecturas Dominicales, Medellín (15 de febrero 1985).